

La vid y el color de los vendimiadores. Definiciones en torno a “lo propio” en la literatura mendocina

Orlando Gabriel Morales
INCIHUSA - CONICET

Si el lector lego indaga ligeramente la historia de la Fiesta de la Vendimia mendocina descubrirá pronto, con cierto asombro, que surgió en un contexto de crisis de la producción vitivinícola en la provincia. Es este un fenómeno que los historiadores de la actividad productiva “madre” de Mendoza han señalado con frecuencia y está bien difundido en la bibliografía no especializada. Menos mencionado, en general, y por lo tanto menos accesible al conocimiento de cualquier lector, es el hecho de que esta festividad, que toma la forma de un ritual social orientado a reforzar los lazos sociales, la identidad y la cultura, surgió en la coyuntura de las múltiples experiencias que abonó el regionalismo cultural; y se sustanció de una producción cultural que desde el siglo XIX se había interesado por definir los elementos identitarios propiamente cuyanos y mendocinos. Los intelectuales y escritores jugaron desde el siglo XIX un papel importante en ese emprendimiento, siempre inacabado, a partir de su interés por lo típico, arraigado en la costumbre y el paisaje. Con el propósito de esbozar sólo parcialmente esa trayectoria literaria en la coordenadas de lo identitario, en esta apretada síntesis se destacan algunos referentes que han hecho aportes sustanciales, tales como Juan Guadalberto Godoy, Juan Llerena, Alfredo Buffano y Juan Draghi Lucero.

El paisaje de Cuyo fue descubierto ya en el siglo XIX por los ojos de “nuestro” primer poeta conocido, Juan Guadalberto Godoy, como un *Canto a la cordillera de los Andes* (1842), donde la montaña, el Tupungato, se yergue como altar a la libertad.

*Qué sublime y grandiosa es la presencia
de tu gigante mole inconmensurable
Cuando la luz incierta de la luna
Alumbra una por una
Las ondas quiebras de tu frente altiva.*



Afiche de Vendimia, 1968

A ese hallazgo y esa representación del paisaje cuyano, y a la concepción romántica de éste como una referencia de “lo propio”, se sumó más adelante el aporte del puntano Juan Llerena, quien inspirado en Humbolt en 1867 escribía:

Esplendidas montañas, accidentes pintorescos, lagos dormidos, llanuras en pendiente, verdeantes praderas y áridos desiertos, todo contribuye a dar a su aspecto físico un carácter de suma variedad y magnificencia.

Antes, en 1849, Llerena había reclamado la falta de una mirada hacia el propio paisaje en la literatura de la región. Decía en el *Manifiesto romántico*: “nuestra naciente literatura apenas ha podido elevar su vuelo hasta esos grandiosos cuadros de la naturaleza derramados con profusión sobre el suelo privilegiado que habitamos”. A su vez, en *Cuadros descriptivos y estadísticos de las tres provincias de Cuyo* (1867), obra encargada por los tres gobiernos cuyanos, aseguraba que la serie de cuadros lograda en su trabajo ponía de relieve la naturaleza y ventajas locales para llamar “la atención de los inmigrantes y especuladores de buena fe”. En efecto, la llamada a la colonización, canalizada en palabras de Llerena, era transparente: “La provincia de Mendoza en particular se distingue por su carácter hospitalario y tolerante para con los extranjeros”.

Uno de los inmigrantes que podía dar fe de ese trato amigable era Michel Aimé Pouget, ingeniero agrónomo de origen francés, quien arribó en 1853 contratado por el gobierno de Mendoza a instancias de Domingo Faustino Sarmiento. Pouget vino a introducir en la provincia variedades de cepas francesas: Malbec, Cabernet, Merlot, Semillon, Sauvignon, Chardonnay. Décadas más tarde, el ferrocarril llegó con su fuerza arrolladora: “El silbato de la locomotora debe despertarnos en todo sentido”, sentenciaba en 1881 un redactor del diario mendocino *El Constitucional*. La masa inmigratoria europea de fines del siglo XIX hizo lo propio como mano de obra para la cosecha de la uva y como parte del mercado de consumidores de vinos.

Ahora, el paisaje del vino se delineaba extendido sobre el árido y cálido terruño mendocino como una trama de canales, acequias e hijuelas que se anudaban con

asentamientos humanos y productivos. En 1886 el diario *Los Andes* aseguraba desde sus páginas:

Nuestros viñedos que antes eran agrupaciones irregulares de plantas, que poco producían, van tomando una forma regular y hasta elegante. Estos progresos se deben, en gran parte, a los extranjeros.

En este contexto, en la medida que se transformaba la estructura demográfica, y que las tradiciones no pueden separarse de los hombres que las cultivan, la “argentinidad” era un fenómeno social en eclosión. Así, si los románticos buscaban “lo propio” en las costumbres, y no únicamente en el paisaje natural, tendrían en adelante un mayor desafío para hacer sus cuadros descriptivos.

Juan Llerena aseguraba en la obra citada de 1867 que las costumbres mendocinas eran todavía muy españolas. Los mendocinos, decía, “son robustos y bien formados, de buenos colores y de una complejión sana. Entre sus jornaleros se encuentran los hombres más robustos de la república”. Parece claro que Llerena sólo tenía ojos para un tipo de hombres, pues no menciona al habitante prehispánico del Cuyum ni a los descendientes de los negros africanos esclavizados incluso hasta 1853 -que llegaron a representar el 30 por ciento de la población en los primeros años de la revolución-. Curiosamente, la fotografía que tomó en 1890 Augusto Streich de cosechadores mendocinos *Pesando las uvas* (que acompaña esta nota) incluye entre los trabajadores al menos un tercio de personas “de color”. Esa fotografía social por sí sola no refuta las descripciones historiográficas acerca de una gran presencia de inmigrantes europeos en la vendimias de fines del siglo XIX, sin embargo al menos registra la presencia criolla mestiza. ¿Eran estos vendimiadores mestizos, algunos posiblemente afromestizos, una presencia excepcional o la sociedad mendocina era efectivamente multiétnica en esa proporción?

La definición del color, el tipo, la “raza” o la etnicidad de la “argentinidad” sería precisamente uno de los intereses de las literaturas nacionalistas y regionalistas de fines

La vid y el color de los vendimiadores. Definiciones en torno a “lo propio” en la literatura mendocina del siglo XIX y principios del XX, que recogerá el regionalismo literario en Cuyo. Esta corriente, nos decía el filósofo mendocino Arturo Andrés Roig, no ha sido “más que un aspecto de todo un amplio movimiento de regionalismo cultural que abarcó las más diversas fases: la plástica, música, folklore, educación y aún lo jurídico y lo político” (Mendoza en sus letras y sus ideas, 1996). Según Roig, una de las manifestaciones en que se concretó el regionalismo cultural cuyano fue la institución de la Fiesta de la Vendimia. En el terreno de la literatura mendocina distintas producciones de orientación vanguardista, sencillista, de inspiración folklórica y de intención social de la Generación de 1925 coincidieron en un enfoque regional, subsidiario del nacionalismo literario que, en términos de Ricardo Rojas (Euriendia, 1924), buscaba restituir el prestigio de las cosas y de la realidades nativas casi olvidadas frente al brillo incandescente de lo exótico y de las modas europeas.



*Pesando uvas (1890).
Augusto Streich. Colección Abel Alexander*

En esta línea de ideas, varias décadas más delante de la iniciática literatura mendocina que abrevó por vez primera en el paisaje natural cuyano, Alfredo Bufano se inspiró en un “Rancho mendocino” (*Tierra de Huarpes*, 1927) y anotó una de sus tan sencillas como hermosas apreciaciones sobre el paisaje, el tipo y las costumbres.

*Sobre oscuras esteras de trenzada totora
el sol de otoño seca, tuerce, comprime, dora
uvas, higos, ciruelas, duraznos opulentos
y zapallos y choclos y sartas de pimientos.*

En el mismo poema no dejó pasar el matiz somático mezclado que Llerena no había podido ver en sus cuadros descriptivos. Al volver la vista sobre lo nativo, era descubierto el mestizo, heredero de lo Precolombino.

*En el corral cercano una mujer trigueña
con otoñal cachaza la dócil vaca ordeña*

La retracción y definición de lo propio frente al avance del cosmopolitismo y de la “invasión” de lo foráneo ocupó entre otros al excepcional Juan Draghi Lucero, etnógrafo, historiador y escritor que tanto aportó a las ciencias y a la literatura de Cuyo y Mendoza. Draghi posó su mirada sobre el paisaje del secano lavallino y se interesó por rescatar las tradiciones cuyanas a través de documentos históricos dispersos en archivos y de registros etnográficos que elaboró en encuentros con algunos antiguos portadores del folklore popular en vías de desaparición. En el *Cancionero Popular Cuyano* (1938) sostenía que “en lo que se debe insistir para fijar las características cuyanas, es en la conquista precolombina: el agua del regadío”. El goce y el gobierno del agua hicieron a una población estable, organizada y con tradición de respeto mutuo y regularidad. Ligado a la agricultura, “la viñita fue el segundo cariño de todo colono”, decía Draghi. “¡Ah, el vinito de Cuyo...!, exclamaba el folklorista al describir los gustos a los que se entregaban debajo de la parra algunos hombres de estas tierras.

Pero había más, y era esto lo que preocupaba a Draghi, “llegan miles y miles de “gringos”, ya como obreros ferroviarios, ya como nuevos viñateros que plantean en gran escala la bodega de tipo europeo”. Y no vienen solos, “este renovado aluvión inmigratorio que se vuelca en Cuyo desde antes de 1885 trastruca la antigua y sosegada vida criolla, decae el folklore, ya que es necesario que algo representativo muera para que haya tradición” (en *Cancionero Popular Cuyano*).

Manuel Delgado Ruiz, en oportunidad de introducir una edición de *Tristes Trópicos*, del célebre antropólogo Claude Lévi-Strauss, decía sobre el etnógrafo que:

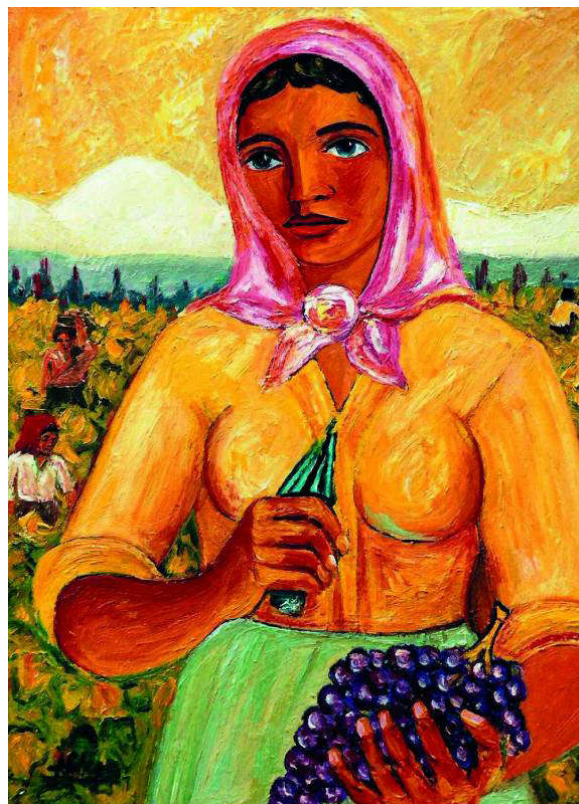
En su papel de Pepito Grillo del propio mundo del que procede (...) el investigador de las modalidades exóticas de la humanidad se verá abocado a practicar una asombrosa forma de ciencia, crónicamente determinada por la muerte ineluctable de su objeto, lo que le convierte en una suerte de ave crepuscular que aparece en el momento en que las sociedades otras agonizan, precisamente para fiscalizar y levantar acta de sus últimos estertores.

En efecto, Draghi asistió a un fenómeno de este tipo, y lo relataba así en algunas entrevistas que realizó con Daniel Prieto Castillo, reunidas en el libro *La Memoria y el Arte* (1994).

Las lagunas de Huanacache significaron abundancia para Mendoza. Poco a poco, y con la llegada del ferrocarril andino, se extienden las viñas, tanto en Mendoza como en San Juan. Se va mermando el agua de la laguna hasta el momento en que no llega ni una gota del río San Juan y del Mendoza, porque todo es absorbido por las viñas. Entonces se produce la dispersión del pueblo huanacachino (...).

Con todo, el cambio cultural es difícil de asimilar cuando se busca una esencia, un atributo objetivo y perdurable en el tiempo, idéntico siempre a sí mismo. Pero para la

década de 1940 en las producciones culturales locales algunos símbolos de lo típico identitario de Mendoza exhibían ya cierta legitimidad y permanencia. Los paisajes naturales y humanos propios del terruño parecían hacerse más evidentes para todos, y las artes asumían (no se entienda que como un reflejo) la hegemonía de la vitivinicultura en el andamiaje económico y social mendocino. En ese contexto, en la obra de Ángel Pérez Vega, “el pintor de la vendimia”, el paisaje del vino y la vendimia posterior a 1940 aparecen como un motivo propio del hombre de la tierra de Mendoza. Lo testifican así los exquisitos óleos que son vistos por los ojos del mundo como representativos de Mendoza, y que remiten al proceso vitivinícola en cada una de sus fases, a los usos y costumbres de la viña y al viñador mendocino (en *Valor arquetípico patrimonial en la pintura de Ángel Pérez Vega*).



Vendimiadora con racimo y tijera. Ángel Pérez Vega.
Fuente: Diario Los Andes

Bibliografía

Roig, Arturo Andrés. 1996. *Mendoza en sus letras y sus ideas*. Ediciones Culturales de Mendoza, Mendoza.

Roig, Arturo Andrés. 2009. *Mendoza en sus letras y sus ideas*, Segunda parte, Ediciones Culturales de Mendoza, Mendoza.

Castellino, Marta Elena. 2013. *Panorama de las letras y la cultura en Mendoza*, Tomo II, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.